

organizada, semi-organizada, consciente— queda abolida; es la amnesia completa. Hemos visto que los autores que lo han descrito comparan al enfermo con un niño, y á su espíritu con una tabla rasa. Sin embargo, estas expresiones no deben tomarse en el sentido riguroso. Los casos de reeducación que hemos referido muestran que si toda experiencia anterior se aniquila, quedan, sin embargo, en el cerebro algunas aptitudes latentes. La extremada rapidez de la nueva educación, sobre todo en los últimos tiempos, no se explicaría sin esto. Los hechos llevan inevitablemente á creer que esta vuelta, que parece obra del arte, es, sobre todo, obra de la naturaleza. La memoria vuelve, porque á los elementos nerviosos atrofiados suceden, con el tiempo, otros elementos que tienen las mismas propiedades primitivas y adquiridas que aquéllos á que reemplazan. Esto demostraría una vez más la relación que existe entre la memoria y la nutrición.

Por último, como todas las observaciones de amnesia no se dejan reducir á una sola fórmula, en los casos en que la pérdida y la vuelta de la memoria son bruscas, es difícil no ver la analogía de estos fenómenos de suspensión de función, ó de «inhibición», que la fisiología estudia actualmente con tanto interés y de los que tan poco se sabe.

No indicamos estas conclusiones más que de paso. Sería prematuro detenernos ahora en ellas. Continuemos nuestra revista de hechos, estudiando las amnesias periódicas.

II

El estudio de las amnesias de *forma periódica* es mucho más propio para dilucidar la naturaleza del yo y las condiciones de existencia de la persona consciente, que para mostrarnos el mecanismo de la memoria bajo un aspecto nuevo. Constituye un capítulo interesante de un trabajo que no se ha hecho nunca bajo su forma completa y al que se podría titular: «De las enfermedades y de las aberraciones de la personalidad». Es muy difícil no resbalar á cada instante en este asunto. Trataré de no decir de ello más que lo indispensable para la claridad de la exposición.

Seré sobrio de hechos: son ya bastante conocidos. El estudio de los casos llamados «de doble conciencia» está muy de moda. La observación tan detallada é instructiva del Dr. Azam, en particular, ha hecho comprender al público, mejor que cualquier definición, en qué consiste la amnesia periódica. Me limitaré, pues, á pasar

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

revista á los casos principales, yendo de la forma más perfecta de amnesia periódica á las formas que no son apenas más que su bosquejo.

I. El caso más claro, el más franco, el más completo de amnesia periódica, es el que ha relatado Macnish en su *Philosophy of sleep*, y que después se ha citado con frecuencia. «Una joven americana, al salir de un sueño prolongado, había perdido el recuerdo de todo lo aprendido. Su memoria se había convertido en una tabla rasa. Fué preciso enseñarle todo de nuevo. Se vió obligada á adquirir otra vez la costumbre de deletrear, de leer, de escribir, de calcular, de conocer los objetos y las personas que la rodeaban. Algunos meses después volvió á caer en otro profundo sueño, y al salir de él, se encontró tal como estaba antes de su primero, teniendo todos los conocimientos y todos los recuerdos de su juventud, y habiendo olvidado completamente, por el contrario, lo que había pasado entre sus dos accesos. Durante cuatro años, y aún más, ha pasado periódicamente de un estado á otro, siempre á continuación de un largo y profundo sueño... Tiene tan poca conciencia de su doble personalidad como dos personas distintas la tienen de sus naturalezas respectivas. Por ejemplo; en el estado primitivo posee todos sus antiguos conocimientos; en el nuevo estado tiene solamente

los que ha podido adquirir después de su enfermedad. En el estado antiguo tiene una bonita letra; en el nuevo no tiene más que una escritura torpe, habiendo dispuesto aún de muy poco tiempo para ejercitarse. Si le presentan personas en uno sólo de los dos estados, esto no basta; para conocerlas de una manera suficiente, debe verlas en los dos estados: lo mismo le pasa con otras cosas (1).

Dejando á un lado por el momento lo que concierne á la alternativa de las dos personalidades, hay que notar que se han formado aquí dos memorias completas y absolutamente independientes la una de la otra. No es sólo la memoria de los hechos personales, la memoria plenamente consciente la que se ha dividido en dos partes que no se mezclan nunca y se desconocen recíprocamente; es también esta memoria semi-orgánica, semi-consciente, que permite hablar, leer y escribir. La observación no nos enseña si esta escisión de la memoria se ha extendido hasta las formas puramente orgánicas, á las costumbres; si se ha obligado á la enferma, por ejemplo, á aprender de nuevo á servirse de las manos para las necesidades más vulgares (comer, vestirse, etc.). Aun suponiendo que este grupo de adquisiciones haya permanecido intacto, la se-

(1) Macnis, en Taine. *La inteligencia*, t. I, y en Combe *System of Phrenology*, pág. 173.

paración en dos grupos cortados é independientes es tan completa como el observador más difícil pueda desearlo.

El Dr. Azam ha referido un hecho que se aproxima al precedente, aunque mucho menos claro. La memoria normal desaparece y reaparece periódicamente. En el intervalo no se forma una memoria nueva, sino que el enfermo conserva algunos restos débiles de la antigua. Esto es, por lo menos, lo que se puede inferir de una observación cuyos detalles psicológicos no son siempre precisos (1). Se trata de un adolescente que, á consecuencia de accidentes histéricos ó coreicos, pierde por completo la memoria del pasado; ha olvidado todo lo que se le ha enseñado; no sabe ya leer, ni escribir, ni contar, y no reconoce ya á las personas que le rodean, excepto á su padre, á su madre y á la religiosa que le cuida. Se ve, sin embargo, que mientras dura esta amnesia (y dura de ordinario un mes) el joven puede montar á caballo, guiar un coche, hacer la vida ordinaria y decir muy regularmente sus oraciones en el momento oportuno. La memoria vuelve en general bruscamente. Hasta

(1) *Révue scientifique*, 22 Diciembre 1877. Se dice, por ejemplo, que durante uno de esos accesos el enfermo «puede hablar con inteligencia y vivacidad, no obstante no haber recobrado la memoria» (??).

donde se puede juzgar, lo que se produce aquí es una suspensión periódica de la memoria, bajo sus formas inestables y semi-estables; ó, si se prefiere, conscientes y semi-conscientes (estando, en general, la conciencia en razón inversa de la estabilidad). Pero todo lo que es memoria organizada rutina, no es atacado; las últimas capas de la memoria resisten. No es necesario insistir, por otra parte, sobre una observación que está demasiado abreviada para la interpretación psicológica.

II. Una segunda forma, menos completa y más frecuente de la amnesia periódica, es la tan interesante que el Dr. Azam nos describe en el caso de Félida X..., y cuyo análogo ha encontrado el Dr. Dufay en uno de sus enfermos. Estos casos son tan conocidos y los documentos originales son tan fáciles de consultar, que bastará resumirlos en algunas palabras.

Se trata de una mujer histérica, atacada desde 1856 por un mal singular, que la hace vivir con doble vida; pasar alternativamente por dos estados, que M. Azam designa con los nombres de «condición primera» y «condición segunda». Si observamos á esta mujer en su estado normal ó condición primera, es seria, grave, reservada, laboriosa. Súbitamente, parece sorprendida por el sueño, pierde el conocimiento, y cuando vuel-

ve en sí, la encontramos en la condición segunda. En este nuevo estado, su carácter cambia: se ha hecho alegre, turbulenta, imaginativa, coqueta. «Se acuerda perfectamente de todo lo que ha pasado durante los otros estados semejantes que han precedido y *durante su vida normal*». Después, al cabo de un período más ó menos largo, es de nuevo presa del adormecimiento. Al salir de él se encuentra en su condición primera. Pero en este estado, ha olvidado todo lo que ha pasado en su condición segunda; no se acuerda más que de los períodos normales anteriores. Añadamos que, á medida que la enferma avanza en edad, los períodos de estado normal (condición primera) son cada vez más cortos y raros, y que la transición de un estado á otro, que duraba en otro tiempo diez minutos, se hace ahora con una rapidez inapreciable.

Tales son los rasgos esenciales de esta observación. En vista de nuestro estudio especial, puede resumirse en algunas palabras. (La enferma pasa alternativamente por dos estados: en el uno, tiene toda su memoria; en el otro, no tiene más que una memoria parcial, formada por todos los estados de igual naturaleza que se sueldan entre sí.)

El caso de la enferma de Blois, relatado por el Dr. Dufay, es análogo. Durante el período que corresponde á la «condición segunda» de Félida,

la enferma se acuerda de los hechos más insignificantes que se hayan verificado en el estado normal ó durante el estado de sonambulismo». Hay también el mismo cambio de carácter, y durante su período de memoria completa la enferma califica su estado normal de «estado bestia» (1).

Importa observar que en esta forma de la amnesia periódica hay una parte de la memoria que no es nunca atacada, que subsiste en un estado como en otro. «En estos dos estados, dice el Dr. Azam, la enferma sabe perfectamente leer, escribir, contar, cortar, coser». Aquí no hay, como en el caso de Macnish, una escisión completa. Las formas semi-conscientes de la memoria cooperan igualmente á las dos formas de la vida mental.

III. Para terminar nuestra exposición de los diversos aspectos de amnesia periódica, mencionaremos ciertos hechos que no dan más que el bosquejo de ella: se encuentran en el sonambulismo natural ó provocado. Generalmente, los sonámbulos, una vez pasado su acceso, no guardan ningún recuerdo de lo que han di-

(1) Para los detalles, véase Azam. *Revue scientifique*, 20 Mayo y 16 Septiembre 1876; 10 Noviembre 1877; 8 Marzo 1879; y Dufay, *ibid.*, 15 Julio 1876.

cho ó hecho; pero cada crisis lleva consigo el recuerdo de las crisis precedentes. Hay excepciones de esta ley, pero son raras. Se ha citado á menudo, siguiendo á Macario, la historia de la joven que fué violada durante un acceso y no tuvo ningún conocimiento de ello al despertar, pero que en el acceso siguiente reveló el hecho á su madre. El Dr. Mesnet ha sido testigo de una tentativa de suicidio, llevada á cabo con mucha lucidez, por una enferma durante dos accesos consecutivos (1). Una criada joven estuvo creyendo durante tres meses, todas las noches, ser un obispo; hablaba y obraba en consecuencia (Combe), y Hamilton nos habla de un pobre aprendiz que, en cuanto se dormía, se creía padre de familia, rico, senador; recomenzaba cada noche su historia muy regularmente, la contaba en alta voz muy distintamente y renegaba de su estado de aprendiz cuando se le interpelaba sobre este asunto. Es inútil multiplicar ejemplos que se encuentran por todas partes, y cuya conclusión evidente es que al lado de la memoria normal se forma, durante los accesos, una memoria parcial, temporal y parásita.

Resumiendo los caracteres generales de las amnesias periódicas, tales como nos las mues-

(1) *Archives générales de médecine*, 1860, t. XV, pág. 147.

tran estos hechos, encontramos primeramente la *constitución de dos memorias*.

En los casos completos (Macnish) las dos memorias son exclusivas la una de la otra; cuando una aparece, la otra desaparece. Cada una se basta; cada una reclama, por decirlo así, su material completo. Esta memoria organizada que permite hablar, leer, escribir, no es un fondo común á los dos citados. Se forma para cada uno una memoria distinta de las palabras, de los signos gráficos, de los movimientos para trazarlos.

En los casos incompletos (Azam, Dufay, sonambulismo), con la memoria normal alterna una memoria parcial. La primera comprende la totalidad de los estados de conciencia; la segunda, un grupo restringido de estados que, por una elección natural, se separan de los otros y forman en la vida del individuo una serie de trozos que se reúnen. Pero guardan un fondo común constituido por las formas menos estables, menos conscientes de la memoria que entran indistintamente en los dos grupos.

El resultado de esta escisión de la memoria es que el individuo se aparece á sí mismo — ó por lo menos á los demás — como si tuviera una doble vida. Ilusión natural, consistiendo el yo (ó pareciendo consistir) en la posibilidad de asociar á los estados presentes; otros que se reconocen, es

decir, ya localizados en el pasado, según un mecanismo que hemos tratado de describir anteriormente. Aquí hay dos centros distintos de asociación y de atracción. Cada uno atrae un grupo de estados, y queda sin influjo sobre los demás.

Es evidente que esta formación de dos memorias, que cada una excluye á la otra en totalidad ó en parte, no puede ser un hecho primitivo; es el síntoma de un proceso morboso, es la expresión psíquica de un desorden que queda por determinar. Esto nos conduce, á pesar nuestro, á tratar de paso una gran cuestión: la de las condiciones de la personalidad.

Primeramente dejemos á un lado la idea de un *yo*, concebido como una entidad distinta de los estados de conciencia. Esta es una hipótesis inútil y contradictoria; es una explicación digna de una psicología en el estado de infancia, que toma por sencillo lo que parece sencillo, que inventa en lugar de explicar. Yo me atengo á la opinión de los contemporáneos, que ven en las personas conscientes un compuesto, una resultante de estados muy complejos.

El yo, tal como se aparece á sí mismo, consiste en una suma de estados de conciencia. Hay uno principal, alrededor del cual se agrupan estados secundarios que tienden á suplantarle, y que son empujados por otros estados apenas conscientes.

El estado que juega el primer papel, después de una lucha más ó menos larga, cede, y es reemplazado por otro, alrededor del cual se constituye un grupo análogo. El mecanismo es comparable sin metáfora, al de la visión. En ésta hay un *punto* visual, que es el único que da una percepción clara y precisa, alrededor de él hay un *campo* visual que decrece en claridad y precisión, á medida que se aleja del centro y se aproxima á la circunferencia. Nuestro yo de cada momento, este presente renovado perpetuamente, está en gran parte alimentado por la memoria; es decir, que en el estado presente se asocian otros estados que, rechazados y localizados en el pasado, constituyen nuestra persona, tal como aparece á cada instante. En una palabra, el yo puede considerarse de dos modos: ó bien bajo su forma actual, y entonces es la suma de los estados de conciencia actuales, ó ya en su continuidad con su pasado, y entonces está formado por la memoria, según un mecanismo que hemos descrito anteriormente.

Parecería, en vista de esto, que la identidad del yo reposa por completo en la memoria. Esto sería, por una reacción mal entendida contra las entidades, no ver más que una parte de lo que es. Bajo este compuesto inestable que se hace, se deshace y se rehace á cada instante, hay alguna cosa permanente: esa conciencia oscura

que es el resultado de todas las acciones vitales, que constituye la percepción de nuestro propio cuerpo y que se ha designado con una sola palabra: la cenestesia. El sentimiento que tenemos de ella es tan vago, que es difícil hablar de él de una manera precisa. Es un modo de ser que, repitiéndose perpetuamente, no se hace sentir más que como una costumbre. Pero si no se siente, ni en sí misma, ni en esas variaciones lentas que constituyen el estado normal, tiene variaciones bruscas ó simplemente rápidas que cambian la personalidad. Todos los alienistas sostienen que el período de incubación de las enfermedades mentales se traduce, no por perturbaciones intelectuales, sino por cambios en el *carácter*, que no es más que el aspecto psíquico de la cenestesia. Se ve de igual modo una lesión orgánica, á menudo ignorada, transformar la cenestesia, sustituir el sentimiento ordinario de la existencia por un estado de angustia, de ansiedad (sin causa, dice el enfermo); á veces un estado de alegría, de plenitud, de exuberancia, de perfecta dicha; expresión engañosa, de una grave desorganización, y cuyo ejemplo más patente se encuentra en lo que se ha llamado la euforia de los moribundos. Todos estos cambios tienen una causa, representan su resonancia en la conciencia; y en cuanto á decir que si estas variaciones se sienten, no se siente el estado normal, tanto valdría

sostener que la vida regular no es un modo de vivir, porque es monótona. Este sentimiento de la vida, que porque se repite perfectamente permanece por debajo de la conciencia, es la base verdadera de la personalidad. Lo es, porque siempre presente, siempre actuando, sin reposo ni tregua, no conoce ni el sueño, ni el desfallecimiento, y dura tanto como la vida, de que no es más que una forma. Él es el que sirve de sostén á este yo consciente que constituye la memoria; él es el que hace posibles las asociaciones y las mantiene.

La unidad del yo no es, pues, la de un punto matemático, sino la de una máquina muy complicada. Es un consensus de acciones vitales, coordinadas primeramente por el sistema nervioso, el coordinador por excelencia, después por la conciencia, cuya forma natural es la unidad. Hay, en efecto, en la naturaleza estados psíquicos que no pueden coexistir más que en un número muy pequeño, agrupados alrededor de uno principal, el único que representa la conciencia en su plenitud.

Supongamos ahora que se pueda de un golpe cambiar nuestro cuerpo y poner otro en su lugar: esqueleto, vasos, vísceras, músculos, piel, todo es nuevo, excepto el sistema nervioso, que permanece el mismo con todo su pasado registrado en él. No es dudoso, en este caso, que el

aflujo de sensaciones vitales insólitas producirá el mayor desorden. Entre la antigua cenestesia grabada en el sistema nervioso, y la nueva, que obra con la intensidad de todo lo que es actual y nuevo, habría una contradicción inconciliable. Esta hipótesis se realiza en una cierta medida en los casos morbosos. Perturbaciones orgánicas oscuras, ó una anestesia total modifican á veces la cenestesia, hasta el punto de que el sujeto cree ser de piedra, de manteca, de cera, de madera, haber cambiado de sexo ó haber muerto. Además de los casos morbosos, nótese el que se produce en la pubertad. «Con la entrada en actividad de ciertas partes del cuerpo, que hasta entonces habían permanecido en una calma completa, y con la revolución total que se produce en el organismo en esta época de la vida, grandes masas de sensaciones nuevas, de nuevas inclinaciones, de ideas vagas ó distintas y de impulsos nuevos, pasan en un espacio de tiempo relativamente corto al estado de conciencia. Penetran poco á poco en el círculo de las ideas antiguas y llegan á formar parte integrante del yo. Por esto mismo, éste se convierte en otro; se renueva, y el sentimiento de sí mismo sufre una metamorfosis radical. Hasta que la asimilación sea completa esta penetración y esta disociación del yo primitivo no pueden apenas cumplirse sin que haya grandes movimientos en nuestra

conciencia y sin que sufra una conmoción tumultuosa (1).

Se puede decir que cuantas veces los cambios de la cenestesia, en lugar de ser insensibles ó temporales son rápidos y permanentes, se produce un desacuerdo entre los dos elementos que constituyen nuestra personalidad en el estado normal; el sentimiento de nuestro cuerpo y la memoria consciente. Si el nuevo estado resiste, se hace el centro á que se unen las asociaciones nuevas; se forma así un nuevo complejo, un nuevo yo. El antagonismo entre estos dos centros de atracción—el antiguo que está en vías de disolución y el nuevo que está en vías de progresión—produce, según las circunstancias, resultados diversos. Tan pronto desaparece el antiguo yo, después de haber enriquecido al nuevo con sus despojos, es decir, con una parte de las asociaciones que le constituían, como los dos *yo* alternan sin conseguir suplantarse. Ó bien el antiguo yo no existe ya más que en la memoria; pero siguiendo ligado á alguna cenestesia, aparece al nuevo yo como un extraño (2).

(1) Griesinger, *Traité des maladies mentales*, pág. 55 y siguientes. Todo este pasaje es excelente como análisis.

(2) Así es como explico un caso de Leuret (*Fragments psych. sur la folie*, pág. 277) citado con frecuencia. Una loca que no se designaba más que por «la persona de mí mismo» había conservado la memoria muy exacta de su

La digresión que procede tenía por objeto apoyar en razones lo que simplemente se había afirmado. La amnesia periódica no es más que un fenómeno secundario; tiene su causa en un desorden vital—al pasar por dos fases alternativas—del sentimiento de la existencia que no es, hablando propiamente, más que el sentimiento de la unidad de nuestro cuerpo.—Tal es el hecho primitivo que lleva consigo la formación de dos centros de asociación, y, por consiguiente, de dos memorias.

Yendo aún más lejos, se presentan otras preguntas, que por desgracia no se pueden contestar:

1.^a ¿Cuál es la causa fisiológica de estas variaciones rápidas y regulares de la cenestesia? No se han emitido sobre este punto más que hipótesis (estado del sistema vascular, acción inhibitoria, etc.)

2.^a ¿Por qué razón van unidas á cada forma de la cenestesia ciertas formas de asociación con exclusión de otras? Nada se sabe de esto. Sólo se puede afirmar que en las amnesias periódicas,

vida hasta el comienzo de su locura; pero refería este período de su vida á otra. Del antiguo yo, sólo la memoria había persistido. Habría mucho que decir sobre estos desórdenes de la personalidad, pero esto se apartaría de nuestro objeto.

cas, la conservación permanece intacta, es decir, que las modificaciones celulares y las asociaciones dinámicas subsisten: sólo es atacada la facultad de reviviscencia. Las asociaciones tienen dos puntos de partida: un estado A despierta algunos grupos, pero es incapaz de despertar los otros; un estado B hace lo contrario; ciertos grupos entran igualmente en ambos conjuntos (casos de escisión incompleta).

En suma, dos estados fisiológicos que, por su alternativa, determinan dos cenestias, que á su vez determinan dos formas de asociación, y, por consecuencia, dos memorias.

Para completar nuestras observaciones, sería bueno añadir algunas palabras sobre ese enlace que se establece, á pesar de las interrupciones algunas veces largas, entre los períodos de igual naturaleza, particularmente entre los diversos accesos de sonambulismo. Este hecho, interesante por muchas razones, no debe examinarse aquí sino desde el punto de vista de la vuelta periódica y regular de los mismos recuerdos. Por extraño que parezca á primera vista, es lógico y concuerda perfectamente con nuestra concepción del yo. Porque si el yo no es en cada instante más que la suma de los estados de conciencia actuales y de las acciones vitales en que la conciencia tiene sus raíces, claro está que, cuantas veces este complexus fisiológico y psi-

quico se reconstituya, el yo se encontrará que es el mismo y se despertarán las mismas asociaciones. En cada acceso se produce un estado fisiológico particular; los sentidos están en gran parte cerrados á las excitaciones exteriores; por consiguiente, no pueden suscitarse ya muchas asociaciones. Hay simplificación de la vida mental, reducción á una condición casi mecánica. Claro está, por otra parte, que estos estados se parecen mucho entre sí, en razón de su misma sencillez, y que difieren totalmente del estado de vigilia. Por tanto, es natural que las mismas condiciones produzcan los mismos efectos, que los mismos elementos den lugar á las mismas combinaciones, que las mismas asociaciones se despierten con exclusión de las otras. Encuentran en el estado patológico sus condiciones de existencia, condiciones que, en el estado normal, no hallan ó que están en lucha con muchas otras.

En el estado de salud y de vigilia, en efecto, los fenómenos de conciencia son muy variados, muy numerosos, para que la misma combinación tenga probabilidades de reproducirse varias veces. Esto sucede, sin embargo, en ciertos casos raros, á consecuencia de causas desconocidas. «Cierta clérigo, dice el Dr. Reynolds, al parecer muy sano, celebraba un domingo los oficios; escogió los himnos, las lecturas, pronunció una

plegaria extemporánea. Al domingo siguiente procedió exactamente del mismo modo, eligió los mismos himnos, las mismas lecturas, recitó la misma plegaria, tomó el mismo texto y pronunció el mismo sermón. Al bajar del púlpito no tenía ningún recuerdo de haber hecho el domingo anterior lo que acababa de repetir por completo. Se asustó mucho; y temió por algún tiempo una enfermedad cerebral, que no sobrevino» (1). Se ha visto que la embriaguez produce la misma vuelta de la memoria, como en el caso muy conocido de aquel comisario irlandés que, habiendo perdido un paquete mientras estaba borracho, se emborrachó de nuevo y se acordó de donde lo había dejado.

Como hemos dicho al comenzar, las amnesias periódicas, por curiosas que sean, enseñan más sobre la naturaleza del yo que sobre la de la memoria. Encierran, sin embargo, una parte de enseñanza: volveremos á ellas en el párrafo siguiente.

(1) Reynolds, ap. Carpenter, pág. 444.